

Sala de Espera

*Ejemplar
Gratuito*



Nº 1

¿Qué es Sala de Espera?

Sala de Espera es una publicación periódica y gratuita, que las iglesias evangélicas distribuyen por todo nuestro país. Con ella, pretendemos hacer llegar a todos los lugares un mensaje de ánimo y esperanza en tiempos difíciles.

A través de sus páginas queremos hacer reflexionar a los lectores sobre la vida, la felicidad, el perdón, la reconciliación, el valor del individuo y su participación en la sociedad, etc.

Se dice que para considerar que un escrito ha conseguido su meta, debe cumplir cuatro reglas:

Brevedad: Que exprese lo que quiere transmitir de forma concisa, *para que lo lean*

Claridad: Que diga las cosas con sencillez, usando términos corrientes, *para que lo entiendan*

Amenidad: Que presente las ideas en forma pintoresca y entretenida, *para que lo recuerden*

Profundidad: Que aporte algo a los lectores, que les ayude, *para que los principios recibidos quíen sus vidas*

En Sala de Espera hemos intentado reunir todos estos criterios, haciéndote llegar una lectura amena, breve, directa y con buen contenido moral.

Esperamos que esta publicación sea para ti un elemento de compañía, en alguno de los encuentros que tengas con ella, en cualquiera de las muchas «salas de espera» de nuestro país.

Nuestra Portada

Nuestra portada, reproduce en esta ocasión, la explosión de color de la flor de un cactus.

Los cactus son una de las familias de plantas más extrañas que existen. Durante prácticamente todo el año son plantas secas, poco atractivas y cargadas de espinas, que resisten en medio de condiciones adversas como la falta de agua, el sofocante calor y la tierra árida en la que fueron plantados.

Pero, de pronto, cuando llega su tiempo, un estallido de pinceladas de alegres colores salpica las secas formas de la planta, mostrando que dentro de ella había vida, y que esa vida se está mostrando al exterior.

Por eso, aunque a veces nos sentimos como cactus olvidados, rodeados de un entorno hostil en muchas ocasiones, pensemos que en nuestro ser hay principios de vida importantes, que cuando llegue el tiempo aflorarán, dándole a nuestra existencia un tono alegre y cargado de sentido.

Para ti, en estas páginas, hay un mensaje de esperanza y ánimo. Todo no son problemas, circunstancias difíciles y metas imposibles de alcanzar. Más tarde o más temprano, la vida y la alegría sobrepasarán tu tristeza y podrás salir de esa situación que ahora te tiene cargado de desánimo.

Somos muchos los que hemos experimentado como la vida de Dios producía en nosotros un cambio nunca antes imaginado. Por ello, desde aquí queremos animarte a que entiendas que en medio de todo tu sufrimiento y desilusión, todavía hay esperanza para ti, y ésta se encuentra en aquél que quiere tener un encuentro real y personal contigo.

Si aún no lo has hecho, acércate a Dios, el dador de la vida, y ten por seguro que él hará que tu sequedad y tristeza se conviertan en una floración llena de vida y alegría.

EN LAS MANOS DEL ARTESANO

Cuando el gremio de comerciantes de la lana, uno de los más influyentes de la ciudad de Florencia, le encargó al famoso escultor Miguel Ángel Buonarroti la realización del boceto que él les había presentado en cera, representando al David de la historia bíblica, el artista tenía 26 años de edad.

El principal problema con el que se encontró Miguel Ángel, fue el enorme bloque de mármol de Carrara, de casi seis metros de altura, que le entregaron para realizar el proyecto. La piedra llevaba más de 40 años en el patio de la catedral de Florencia. Pero ese bloque de mármol tenía ya su historia...

En el año 1.463, se le pidió a un afamado escultor de la época, llamado Agostino di Duccio que hiciera una estatua colosal usando aquel material. El escultor, después de comprobar la dureza del mármol sacándole varias lascas y desbastándolo en su altura, le hizo varios taladros en su base para comprobar que no tuviese vetas inte-

riores, así que después de «estropear» el trozo original, le comunicó a los responsables que aquel mármol no era apto para lo que ellos querían, y desistió, quedándose el bloque de piedra abandonado a la intemperie.

Dos décadas más tarde, le hicieron el encargo al conocido escultor Antonio Rossellino. Nuevas pruebas al mármol. Taladros aquí y allá, nueva desbastación en altura y muchas esquirlas de mármol, para, al final, rechazar el encargo y darse por vencido ante las características de aquel material.

Cuando en 1.501 Miguel Ángel se enfrentó al desafío, se encontró con una pieza de mármol cargada de taras y llena de agujeros en su base, pero aceptó el reto.

Según los historiadores, lo primero que hizo Miguel Ángel fue construir un andamiaje alrededor del enorme bloque de mármol, que para esa época medía algo menos de 6 metros, y cubrirlo con una tela oscura, para ence-



rrarse en solitario frente a aquel material desechado por tantos, y expuesto por largos años a las peores condiciones de conservación posible.

Tras más de dos años de incesante trabajo, las geniales manos del artista, consiguieron extraer de aquella mole de mármol una de las más bellas esculturas que se conservan del Renacimiento, el famoso David.

Para salvar los daños ocasionados por los otros escultores en la piedra, Miguel Ángel adelantó la pierna izquierda de su David, salvando todos los taladros que habían castigado a la piedra en su base, y hoy la grandiosa escultura, conocida como «el Gigante» por su altura (en la actualidad mide 4,09 metros), se encuentra en un lugar de honor en la Galería de la Academia de Florencia, mostrando al mundo lo que se puede conseguir de algo desechado por otros.

Como aquel bloque de mármol, muchos de nosotros hemos pasado a lo largo de nuestra vida por las torpes manos de muchos artesanos poco habilidosos para

extraer de nosotros algo bueno, dejándonos en muchas ocasiones grandes marcas que parecerían hacer imposible un resultado final provechoso.

Pero hay una buena noticia para ti y para mí. Por muy estropeados que estemos, las maravillosas manos del más grande artesano, pueden extraer de nosotros algo nuevo y hermoso y darnos una vida plena de sentido. Quizás tengamos que pasar algún tiempo a solas con el Maestro, como hizo Miguel Ángel con su bloque de piedra, pero seguro que el resultado será sorprendente.

Dios mismo habló, a través del profeta Jeremías, acerca de su capacidad para transformar la vida, comparándola con la labor continuada de un martillo y un cincel en las expertas manos de un artesano.

*«¿No es mi palabra como martillo que golpea la piedra?»
Jeremías 23:29.*

Deja que Dios saque de ti lo que nadie hasta ahora ha sabido descubrir y dale una nueva oportunidad a tu vida de encontrar el verdadero sentido de la existencia.



Uvilandia

Una historia de falta de participación

Hace mucho tiempo existía un país que se llamaba UVILANDIA. Era una región próspera cuya principal producción era el vino, el mejor vino de todo el mundo. Era un país pequeño, un reino de apenas 22.000 súbditos, pero su vino era tan apreciado por todo el mundo que les bastaba producir lo que conseguían en un año para vivir holgadamente.

El soberano de Uvilandia era un magnífico rey que siempre estaba intentando hacer que sus siervos viviesen bien, por lo que año tras año iba rebajando los impuestos para que no tuviesen cargas y pudiesen vivir cómodamente.

A la gente de Uvilandia les encantaba vivir en aquel reino. Querían a su rey porque era bondadoso y se preocupaba por ellos, y disfrutaban de un reinado justo, bueno y en paz.

Un día el rey decidió que quería rebajar aún más los impuestos hasta casi suprimirlos, para lo cual, después de consultar con el tesorero del reino y sus consejeros, decidió que lo único que necesitaba el rey para sostener el reino era que de cada cosecha los súbditos llevaran una jarra de dos litros del excelente vino de Uvilandia a una gigantesca cuba que se colocaría en el jardín del palacio, sabiendo que la unión de todas las excelentes cosechas de Uvilandia, harían un vino delicioso que, una vez vendido a los reinos circundantes, permitiría que el reino estuviese bien sostenido. El pueblo recibió con enorme alegría la noticia de la supresión de los impuestos, y todos vieron como muy justa y sabia la decisión del rey y su gabinete de gobierno.

Por fin llegó el gran día. Ya se habían recogido las cosechas de todo el reino y, a decir de todos, los vinos obtenidos eran excelentes, así que uno a uno los miembros del reino fueron trayendo sus jarras de vino y echándolas en la enorme cuba situada en el jardín del palacio, hasta que se llenó. El rey estaba contentísimo viendo la respuesta de su pueblo, alabó su cooperación y, para celebrarlo, hizo una gran fiesta aquella noche en la que participó todo el reino.

En medio de la fiesta el rey decidió probar la excelente mezcla de todos los vinos de Uvilandia, sacan-



do una copa de la gigantesca cuba, para brindar con sus súbditos, pero cuando lo probó escupió el contenido, diciendo en alta voz: ¡Esto no sabe a nada!

Llamó a los consejeros, a los magos del reino y les preguntó que podría haber pasado para que aquel esperado excelente vino no supiese a nada, pero nadie sabía darle la respuesta. Unos dijeron «¡Alquimia!», otro «¡Brujería de algún mago malvado!», etc.

Finalmente, un anciano sabio del pueblo se acercó al rey y tras probar el vino de la cuba le dijo:

Majestad, ni alquimia ni brujería, sencillamente la condición humana y su capacidad de engaño. Todos los ciudadanos de

Uvilandia pensaron que en tanta cantidad de vino no se notaría si ellos mezclaban agua al vino y lo echaban así dentro de la cuba, por lo que en lugar de traer su compromiso de una jarra de vino, la rebajaron con agua, y al final lo que se obtuvo fue una enorme cuba de vino aguado, pero el vino bueno se ha quedado en la casa de cada uno.

Aceptadlo majestad, vuestros súbditos son humanos y no estaban dispuestos a entregar nada de lo suyo para vos. El rey se sintió defraudado y triste, pero aceptó la amarga realidad de su reino.

Debemos ser conscientes que nuestra participación, nuestra cooperación en la familia, en el círculo de amistades, en nuestro entorno dentro de la sociedad es de capital importancia, y que, en el círculo en que nos movemos, ya sea una congregación, una empresa, una asociación, etc. cada parte es importante para obtener el mejor resultado.

El apóstol Pedro nos ayuda a entender el valor de aportar nuestra parte al todo y a poner a disposición de los demás lo que cada uno haya recibido:

«Cada uno ponga al servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios». 1ª de Pedro 4:10

¡No te guardes lo que tienes para disfrutarlo solamente tú!, ponlo al servicio de los demás y tu participación no solamente te hará sentirte bien a ti, sino que como parte de un equipo, será beneficiosa para todo el grupo.

Con este título, durante la década de los 60 se estrenó una superproducción, que narraba paso a paso la vida de Jesús y su caminar sobre la tierra.

Evidentemente, a lo largo de la Historia de la Humanidad han existido historias dignas de ser contadas, en muchas de las cuales se enfatizaba la bondad del ser humano y su capacidad de sacrificio a favor de los demás. Pero ninguna de ellas llega a la profundidad y al enorme significado de la gran historia de la reconciliación de Dios, con un mundo que le había vuelto la espalda.

Porque La historia más grande jamás contada es básicamente una historia de amor. Un amor tal que llega al punto de entregar lo más preciado que Dios tenía por lo más rebelde, lo más culpable, lo más desagradecido, la creación que se había rebelado contra su Creador y le había desobedecido.

La Historia más grande jamás contada

Pero esa historia de amor es también una historia de entrega por los demás. El apóstol Juan lo expresa de la siguiente manera: *«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su único Hijo para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna»* Juan 3:16

Dios, desde su soberanía, viendo la condición del ser humano, decide acercarse a él para restablecer la comunión que se rompió como consecuencia de la desobediencia a sus decretos. Así que, el Padre amante decide enviar a su propio Hijo, un hijo amado y obediente, para que sea castigado por la culpa de los desobedientes, y para que, a través de esa sustitución del culpable, se produzca la reconciliación de la Humanidad distanciada por el pecado con el Dios que siempre ha querido estar en comunión plena y directa con sus criaturas.

Jesús, el Hijo de Dios, después de pasar por la vida haciendo bien a todos los que tuvo a su alcance, fue despreciado, humillado, maltratado y finalmente crucificado, sufriendo así una de las peores muertes que se podía sufrir en su tiempo, y todo ello lo hizo por amor, por entrega, sustituyéndote a ti y a mí que éramos los que en realidad deberíamos pagar por nuestras faltas.

Sin duda alguna ¡esta es la historia más grande jamás contada! La historia de Jesús y su entrega total por los demás para reconciliar al ser humano con Dios. Sé tú también parte de esa gran historia de amor de Dios hacia los demás, viviéndola en primera persona y sintiendo la paz que produce el perdón de Dios sobre tu vida.



Estaba anocheciendo cuando salieron para cruzar a la otra parte del mar. El cielo amenazaba tormenta, y el viento que soplaba sobre el lago de Galilea no presagiaba nada bueno... Pero para un grupo de hombres entre los que se encontraban algunos experimentados marineros, cualquier contratiempo en la travesía estaría controlado...

Sin embargo no fue así. De repente, como tantas cosas que suceden en la vida inesperadamente, el mar empezó a encrespase y las olas que hacía un rato eran suaves ondas, se estaban levantando de tal manera que en cada vaivén iban dejando su saldo abundante de agua en la pequeña barca de pesca.

En el cabezal de la barca, ajeno a todo lo que estaba sucediendo, el jefe del grupo, al que llamaban «el Maestro» dormía. Estaba agotado de un largo día de intenso trabajo tratando con personas cargadas de problemas, personas enfermas, personas llenas de inquietudes... en definitiva personas en necesidad. Y ése, créanme, es uno de los trabajos más agotadores que existen.

Sobresaltado, el jefe de la expedición se despertó a los gritos de ayuda del grupo, y con absoluta tranquilidad se levantó en la barca. Con una voz cargada de autoridad, ordenó a la tormenta y a todos los elementos que la conformaban (el mar, las olas, el viento, los truenos, etc.), que se callaran y que a su orden se hiciera una gran calma.

De repente, como por arte de magia, el rugido del mar se hizo silencio, las gigantescas olas se aquietaron, y el Mar de Galilea se convirtió en un remanso de paz y tranquilidad, al tiempo que la tenebrosa tormenta dio paso a una noche limpia y estrellada.

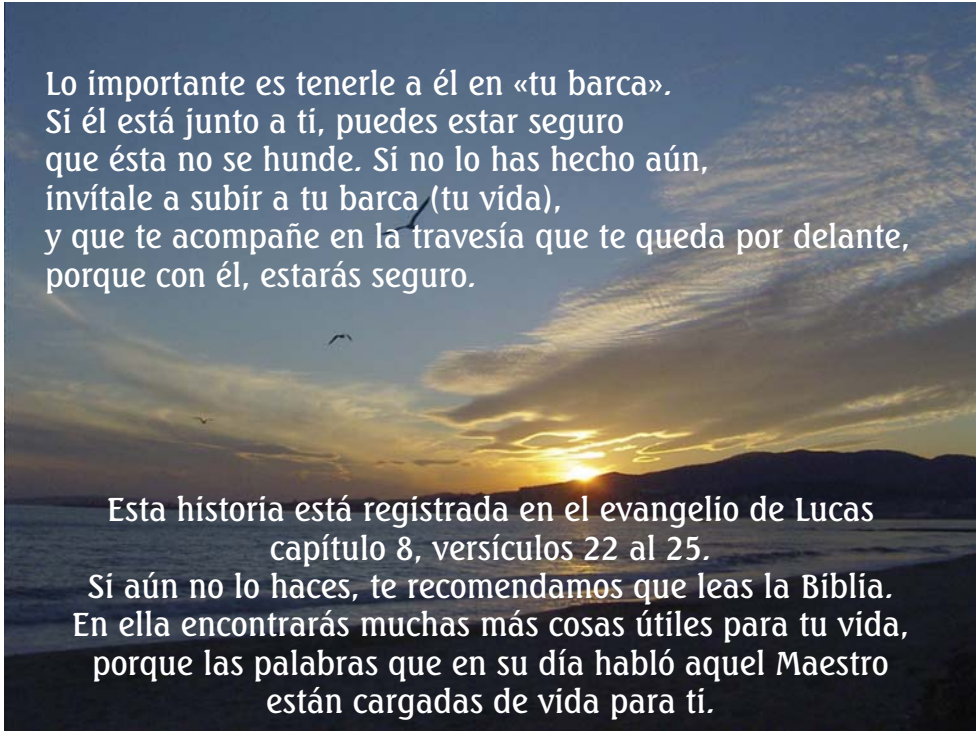
Perplejos ante aquella situación vivida en primera persona, los seguidores del maestro empezaron a mirarse unos a otros y a preguntarse en voz baja:

«¿Quién será éste que hasta el viento y el mar le obedecen?».

La respuesta a esa pregunta tiene una fácil respuesta: ¡Él es Jesús, el Hijo de Dios!, y observa que digo «es» y no «era», porque Él sigue teniendo hoy el mismo poder que entonces para calmar las peores tormentas con las que nos tengamos que enfrentar.

Sí, tú y yo, como todos, sufrimos de tiempo en tiempo periodos difíciles, tormentas inesperadas, y miles de situaciones que parece que van a hundir nuestra «barca», nuestra vida.

A veces, con nuestra experiencia, la pericia en el manejo de las situaciones y el consejo de otros, salimos airosos de esos momentos. Pero cuando nuestra destreza para solucionar los problemas no basta, es conveniente tener cerca a aquél que tiene en su mano el poder para transformar nuestras más tormentosas vivencias.



Lo importante es tenerle a él en «tu barca».
Si él está junto a ti, puedes estar seguro
que ésta no se hunde. Si no lo has hecho aún,
invítale a subir a tu barca (tu vida),
y que te acompañe en la travesía que te queda por delante,
porque con él, estarás seguro.

Esta historia está registrada en el evangelio de Lucas
capítulo 8, versículos 22 al 25.

Si aún no lo haces, te recomendamos que leas la Biblia.
En ella encontrarás muchas más cosas útiles para tu vida,
porque las palabras que en su día habló aquel Maestro
están cargadas de vida para ti.



Se cuenta la historia de un padre que tenía dos hijos y siempre les enseñó a vivir juntos, amándose, respetándose y cuidando el uno del otro. El padre, ya anciano y sabiendo que estaba cerca el día de su muerte, los llamó, pidiéndoles que bajo ningún concepto se separasen nunca y que mantuviesen unida la finca en la que el padre había construido una casa para cada uno de ellos. Los hijos se comprometieron a hacerlo así y al poco tiempo el padre falleció.

Por muchos años, el par de hermanos vivieron juntos y en armonía, aunque vivían en granjas separadas; pero un día... cayeron en un conflicto. Éste fue el primer problema serio que tenían en 40 años de cultivar juntos hombro a hombro, compartiendo maquinaria e intercambiando cosechas y bienes en forma continua.

Todo comenzó con un pequeño malentendido que fue creciendo hasta que explotó en un intercambio de palabras amargas seguido de semanas de silencio y un distanciamiento inimaginable en aquellos, hasta entonces, unidos hermanos.

Una mañana alguien llamó a la puerta del hermano mayor. Al abrir la puerta, encontró a un hombre con herramientas de carpintero en sus manos. *«Estoy buscando trabajo por unos días»,* dijo el extraño. *«Quizás usted requiera algunas pequeñas reparaciones aquí en su granja y yo pueda hacerlas sin costarle demasiado».*

«Sí», dijo el mayor de los hermanos, *«tengo un trabajo para usted. Mire, al otro lado del arroyo, en aquella granja vive mi vecino, bueno, de hecho es mi hermano menor. La semana pasada había una hermosa pradera entre nosotros pero él desvió el cauce del arroyo para que pasara por medio de la finca y la dividiera en dos partes, dejándonos a cada uno de nosotros en una de ellas. Seguramente, con eso pretendió molestarme, pero tengo pensado hacerle algo mucho mejor... ¿Ve usted aquella pila de trozos de madera junto al granero? Quiero que construya una cerca de dos metros de alto, ¡no quiero verlo nunca más!»*

El carpintero, cabizbajo, le dijo: *«creo que comprendo la situación».*

El hermano mayor ayudó al carpintero a reunir todos los materiales y dejó la granja por el resto del día para ir por provisiones al pueblo.

Cerca del ocaso, cuando el granjero regresó del pueblo, el carpintero acababa de terminar su trabajo. El granjero se quedó boquiabierto, y con los ojos como platos observó que no había ninguna cerca de dos metros. En su lugar había un puente que unía las dos granjas por encima del arroyo. Era un trabajo esmerado, al que el carpintero había colocado incluso un pasamanos.

Iba a estallar de enojo contra aquel intruso que no había hecho nada de lo que él le encargó cuando, en ese momento, su vecino, su hermano menor, vino corriendo desde su granja y abrazando a su hermano mayor le dijo: *«¡Eres un hermano fantástico!, ¡Mira que construir este hermoso puente después de lo que te he hecho y dicho...!»*

Arrepentido en su corazón, el hermano mayor abrazó fuertemente a su hermano, asegurándole que nunca más, tal y como su padre les había enseñado, permitirían que nada ni nadie los distanciase.

Mientras ellos hablaban y se reconciliaban, observaron que el carpintero (a quien todavía no había tenido tiempo de darle las gracias por su labor y su enseñanza) tomaba sus herramientas y se disponía a irse, aún sin haber cobrado el largo día de trabajo.

«No, espera». *«Quédate unos cuantos días más, tengo muchas cosas que arreglar todavía en la granja, en las que seguro me puedes ayudar mucho»*, le dijo el hermano mayor al carpintero.

«Me gustaría quedarme», dijo el carpintero, *«pero tengo muchos puentes por construir»*.

Muchas veces dejamos que los malentendidos o enojos nos alejen de la gente que queremos. En muchas ocasiones permitimos que el orgullo se anteponga a los sentimientos... No permitas que eso pase en tu vida.

Aprende a perdonar y valora lo que los demás pueden significar para ti. Recuerda que perdonar no cambia en nada el pasado pero sí el futuro. No guardes rencores ni sentimientos de amargura que solo te lastiman, te alejan de Dios y de las personas que te quieren, Aprende a ser feliz y disfruta de las cosas buenas que Dios te permite tener, como la familia, los amigos, los hermanos... No permitas que un pequeño desliz malogre una gran amistad. Piensa que el silencio a veces es la mejor respuesta.

Una vida en paz es lo que más importa. Haz todo lo que esté a tu alcance para crear a tu alrededor un ambiente de armonía. La mejor relación es aquella donde el amor entre dos personas es mayor que la necesidad que tienen la una de la otra.

¿Sabías que...

*Henry Dunant el
Creador de la Cruz Roja era Evangélico?*



No ha de extrañarnos que, buena parte de la generación presente sea incapaz de reconocer y valorar las huellas del cristianismo en los caminos de la civilización y el progreso de Occidente, huellas profundas y nítidas con nombres y apellidos: las de los millares de hombres y mujeres que, inspirados por su fe y su amor a Jesucristo, lucharon por defender el valor y la dignidad de la vida humana y trabajaron por la salud, el bienestar, la paz y el progreso social de los pueblos.

Algunas de esas huellas pertenecen a Henry Dunant, un nombre que hoy dice muy poco para la mayoría de nuestros contemporáneos, pero que está indeleblemente asociado a uno de los iconos más fácilmente reconocibles en todo el mundo: una cruz roja, con la base truncada, sobre un fondo blanco; el símbolo de la Cruz Roja Internacional.

Jean Henry Dunant (n. Ginebra, 8 de mayo de 1828 - Heiden, Appenzell, 30 de octubre de 1910). Filántropo suizo, fundador de la Cruz Roja Internacional. Fue el primero de cinco hijos de una rica y considerada familia de Ginebra. En 1853 comenzó a trabajar en un banco de la ciudad, estando convencido de que tenía el deber religioso de usar su capacidad para triunfar en los negocios y poder así usar ese talento y riqueza en favor de los más necesitados.

En 1859, mientras intentaba reunirse con Napoleón III para exponerle los problemas de sus negocios en Argelia, contempló el campo de batalla de Solferino después del enfrentamiento de los ejércitos austriaco y franco-piamontés que combatían en la guerra de unificación italiana; impresionado por aquel espectáculo de horror y por la ineficacia de los servicios sanitarios de la época, escribió «*Un recuerdo de Solferino*», libro que publicaría en 1862.

Desde entonces se lanzó a una campaña de sensibilización de los gobiernos y la opinión pública acerca de los sufrimientos de los heridos de guerra, luchando por mitigar las consecuencias humanas de los enfrentamientos bélicos, ya que no era posible acabar con ellos. Fruto de sus esfuerzos fueron la fundación de un servicio sanitario neutral para actuar en los campos de batalla -la Cruz Roja Internacional (1863)- y la reunión de la conferencia internacional que adoptó la

Convención de Ginebra sobre heridos de guerra (1864) junto con representantes de 17 países. La dedicación a esta causa humanitaria le llevó a descuidar sus negocios, quedando totalmente arruinado en 1867; tras unos años de gloria pasajera, hubo de dimitir como presidente de la Cruz Roja y abandonar temporalmente Suiza perseguido por sus deudores. Halló refugio en la Francia del Segundo Imperio, cuyo titular -Napoleón III- le prestó apoyo incluso después de ser derrocado y exiliarse en Inglaterra. En 1887 regresó a Suiza para ser tratado de múltiples enfermedades, viviendo recluido en un sanatorio hasta su muerte. Olvidado prácticamente por todos, en la última década del siglo varios amigos reivindicaron su figura, que vio reconocida públicamente su labor con la concesión del primer Premio Nobel de la Paz en 1901 junto con Frédéric Passy.

Los siguientes son unos breves párrafos extraídos de «*Un recuerdo de Solferino*», el dramático testimonio de Henry Dunant, que publicaría en 1862: «... He aquí el largo cortejo de vehículos de Intendencia, cargados de soldados... llenos de sangre, extenuados, cubiertos de harapos y de polvo; después, mulos que llegan al trote, y cuya carrera arranca, cada instante, agudos gritos a los desdichados heridos que transportan. La pierna de uno está rota y parece estar desprendida de su cuerpo; cada tumbo de la carreta que lo lleva le causa nuevos sufrimientos. Otro tiene un brazo partido y, con el que le queda, sostiene y protege el miembro fracturado... ¡cuánta agonía, cuánto sufrimiento! Las heridas, agravadas por el calor, por el polvo, por la falta de agua y de asistencia, causan más intensos dolores; a pesar de los encomiables esfuerzos de Intendencia para mantener en buen estado los locales transformados en ambulancias, mefíticas emanaciones vician el aire, y el insuficiente número de ayudantes, de enfermeros y de sirvientes se hace sentir agudamente...»

Que el proyecto de Dunant se inspira en su fe cristiana queda patente, no sólo por su testimonio escrito, sino por el carácter que imprimió a la institución desde sus orígenes.

Recientemente, las principales televisiones europeas patrocinaron la producción de una película sobre la creación de la Cruz Roja en la que exaltaban la figura de Henry Dunant como la de «un héroe moderno». La película, que se estrenó en mayo de 2006, subraya la gran humanidad del creador de la Cruz Roja pero silencia, de forma evidente, toda referencia a lo que era el leit-motiv de su vida: su profunda fe cristiana.

Sin embargo, las huellas de Dunant son como las de aquellos pies «...que anuncian buenas nuevas...», que evocara el antiguo profeta Isaías. Huellas que pueden apreciarse de forma nítida, y que, de una manera u otra, han inspirado a otros muchos ministerios de compasión cristiana, en todo el mundo.

Conociendo a los Evangélicos

El colectivo evangélico en España, no es, como algunos creen, una secta extraña venida del exterior, sino que tiene unas raíces muy profundas que se remontan a la época de la Reforma del siglo XVI.

Fue en el Monasterio de San Isidoro del Campo, en Santiponce (Sevilla) donde un grupo de religiosos (que luego serían perseguidos por la maquinaria religiosa del momento, la "Santa Inquisición") empezó a traducir al castellano la Biblia, para que, como ya sucediera en otros países europeos, se pudiera conocer en el idioma vernáculo lo que contenía la Palabra de Dios para el hombre llano del pueblo, algo hasta entonces solamente al alcance de los ricos y la clase religiosa, que podían conocerlo en latín.

El pueblo evangélico español, es hoy en día un colectivo muy amplio que se extiende por toda la geografía española. Es un grupo muy numeroso compuesto por personas de todos los estratos sociales, pero con un denominador común, haber creído en Jesucristo y su obra de salvación para el ser humano, haberle aceptado como el Señor de sus vidas y seguir los principios del evangelio que se reflejaron en aquella declaración de la Reforma protestante que propugnaba:

La sola Gracia de Dios, como medio de salvación para el ser humano, indicando que nadie podrá ser salvo comprando su propia salvación y el perdón de sus pecados con sus propias obras.

Sola Fe, y ésta en Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador del mundo, indicando que no hay ningún otro mediador entre Dios y los hombres que pueda garantizar nuestra vida eterna.

Sola Escritura, con lo que se indica que nuestra guía espiritual no es otra que la Palabra de Dios, la Escritura recogida en la Biblia, que puede iluminar nuestro camino y hacernos vivir correctamente, porque las palabras que hay contenidas en las Escrituras están cargadas de vida para el ser humano que decide seguir las.

Durante varios siglos, la iglesia evangélica ha sido perseguida por su fe, y muchos hombre y mujeres valientes, tuvieron que sufrir cárcel, destierro, torturas, la hoguera o los cientos de suplicios inventados por la "Santa Inquisición", sencillamente por pensar de una manera distinta a lo establecido en materia religiosa por la iglesia institucional, que obligaba a pertenecer a ella bajo pena de excomunión y terribles consecuencias para los que se atrevieran a contradecir los dictados que venían de Roma.

En los últimos años, primero con la Ley de Libertad de Religiosa que se promulgó en 1.968 y luego con los derechos contenidos en la Constitución, que indicaba que nadie puede ser discriminado por razón de su creencia religiosa, se abrió un período de normalización y aceptación de los evangélicos en todas las esferas de la sociedad.

En la actualidad, las iglesias evangélicas están organizadas entre sí, y reconocidas por el Ministerio de Justicia. Cuentan con un grupo religioso propio (como los católicos, los musulmanes o los judíos) bajo la cobertura legal de la FEREDE, la Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España, y como colectivo protestante tiene acuerdos propios con el gobierno de la nación y con los gobiernos autonómicos, para potenciar, no solamente la libre implantación de la iglesia evangélica en todo lugar, sino profundizar en todos los estamentos gubernamentales (locales, provinciales, regionales y nacionales) en el desarrollo de todas las libertades en materia religiosa que garantiza nuestra Constitución.

Las iglesias evangélicas en España, aunque todas mantienen firmemente los principios de la Reforma Protestante, están agrupadas por afinidad doctrinal en diversas federaciones de iglesias, también llamadas denominaciones. Esta diversidad dentro de la unidad de creencia, es una muestra más de la riqueza y pluralidad del colectivo evangélico.

En la actualidad, la labor social desarrollada por el colectivo evangélico en el territorio español cuenta con un amplio reconocimiento gubernamental en todos los lugares. Los evangélicos tenemos el mayor grupo de toda España (con mucha diferencia) de centros de rehabilitación y tratamiento de drogodependientes. Casas de reinserción para exconvictos de la prisiones. Casas de acogida para enfermos de Sida. Disponemos de casas de acogida para mujeres maltratadas; centros ocupacionales para jóvenes inmigrantes; residencias para ancianos, guarderías, comedores sociales, bancos de alimento para ayuda a los más desfavorecidos, bancos de medicamentos, roperos sociales, gabinetes de orientación para inmigrantes, y un largo etcétera que en la gran mayoría de los casos está concertado con las autoridades autonómicas o nacionales.

El pueblo evangélico, desde siempre, por sus propios principios cristianos, tiene una amplia vocación de servicio, por lo que quisiéramos que tú que no nos conoces, pudieras acercarte a nosotros sin ningún tipo de prejuicio formado, y que nos conocieras personalmente, y si lo necesitas y podemos ayudarte, que puedas sentir que hay un grupo de amigos que se ofrecen para servirte en lo que esté a su alcance.

Desde estas páginas queremos invitarte a que nos visites en nuestra reuniones, en las direcciones y horarios que aparecen en nuestra contraportada, y también puedes ponerte en contacto con nosotros a través de los medios que aparecen en la última página, o escribiéndonos a nuestro correo electrónico: saladeespera1@yahoo.es, o a nuestra dirección postal: **Sala de Espera - Apartado 190 - 29200 Antequera.**



Contacta con nosotros por correo electrónico a:
saladeespera1@yahoo.es
o correo postal a la siguiente dirección:
Sala de Espera - Apdo. 190 - 29200 Antequera